

debía esgrimir contra el ilustre marino, que aun desde el apogeo de la fortuna tenía que luchar con las pasiones de los hombres.

Pronto volveremos á hallar á Aguado interpretando de una manera censurable la voluntad de los soberanos.

Pero antes indiquemos la situación en que se hallaban algunos de los personajes episódicos de esta historia.

---

### Capítulo XXXIII.

---

#### Astucia femenil.

Isabel Monteagudo, sin abandonar su traje de escudero, había llegado á Sevilla, y desde allí se había trasladado acompañando á Diego á Valladolid.

Había sabido que se hallaba en aquella ciudad Alonso Velez, y resuelta á desoir la piedad de su pecho y á vengarse de aquel malvado, que no sólo había faltado á su fé, sino que había contribuido á calumniar á su protector, al hombre que tantos beneficios le había dispensado, le buscaba con ánsia para satisfacer su venganza.

En la colonia pudo recoger y guardar algunas cantidades de oro que vendió á bajo precio á un mercader judaizante, y con la cantidad que había recibido de sus manos, tenía lo suficiente para realizar sus

planes sin necesidad de hacer uso todavía de la carta que para alcanzar la protección de los reyes le había dado Colon, recomendándola á su munificencia.

El mismo día en que llegó á Valladolid se presentó Diego Colon á los reyes.

Aquel mismo día se dictaron las órdenes contra los que habían calumniado al almirante, y el padre Boil y Margarite, que fueron habidos, partieron á la mañana siguiente á cumplir la condena de que habían sido objeto.

Bernal Diaz trató de escaparse, pero fué preso en Medina del Campo.

Alonso Velez se libró de la persecucion ocultándose en una casa de los alrededores de Valladolid, en donde había logrado enamorar á una molinera muy rica y viuda, que había creído en sus protextas de amor y correspondia á su afecto.

Américo Vespucio, confiando la niña á Aldonza, se dispuso á partir.

En el momento en que huía oyó pronunciar su nombre.

Instintivamente volvió el rostro y reconoció á Isabel.

—¿Vos aquí?

—Sí, he venido á vengarme.

—¡Cuánto siento encontraros!

—¿Por qué?

—Me veo obligado á partir.

—¿Os persiguen tal vez?

—Sí, se ha dictado una orden contra mí, y antes

de que me envíen á las galeras voy á buscar mi salvacion en Portugal.

—Os acompañaré para que me conteis vuestras cuitas.

Hízolo así, en efecto, y Américo Vespucio le refirió todo lo que le había pasado desde su regreso de América, el nacimiento de su hija, la muerte de Esperanza, y por último le reveló el pesar con que dejaba á su hija en poder de una extraña, recomendándola que fuese á ver á Aldonza y cuidase de su hija.

Y dándola un anillo que llevaba en el dedo:

—Aldonza entregará la niña á la persona que presente este anillo. Guardadle, y solo en el momento en que sepais mi muerte sacadla de su poder. Miradla como si fuérais su madre.

Isabel, por su parte, le refirió los deseos que le habían obligado á regresar á España, y Américo, que había tenido ocasion de conocer á Alonso Velez, el cual, por vanagloriarse delante de él y de algunos otros, había referido sus amores con la molinera, le manifestó las noticias que tenía, estimulando en la pobre mujer el odio que sentía hácia su falso amante.

Américo iba disfrazado de arriero.

Se despidió de Isabel, y ésta volvió á Valladolid, prometiéndose no descansar hasta encontrar á Alonso y castigarle.

No le convenia que cayese en poder de la justicia, porque si le obligaban á cumplir la condena, tendria que aplazar todo el tiempo que durase el castigo su venganza.

Rondó al molino, acechó oculta á las personas que entraban y salían de él, y resuelta á jugar el todo por el todo, al ver un día á la molinera tomar el camino de la ciudad, se acercó á ella.

—¿Adónde vá la viuda Celestina?—dijo, aproximándose á la molinera.

—No conozco á vuestra merced,—le contestó.

—Falta sois entonces de memoria. Soy escudero del duque del Infantado.

—No lo dudo; pero francamente, creo que esta es la primera vez que nos vemos.

—Y yo quisiera que no fuera la última.

—Galanteador es el mancebo.

—No es culpa mia, sino de la molinera.

—¿Con requiebros se me viene?

—Quisiera tener algun lugar en vuestro corazón para poder confiaros un secreto.

—¿De amor sin duda?

—No; que ya sé que esos ojos, y esa cara, y ese donoso talle no se han hecho para mí, lo que no quita para que me interese por vuestro bien y para que esté en el deber de deciros que os halláis en un grave riesgo.

La molinera se detuvo y fijó una mirada escudriñadora en el falso escudero.

—¿Habeis dicho que yo estoy en peligro?

—En un peligro grave.

—¿Teneis gana de burla?

—Os hablo con sinceridad. La Inquisición se está ocupando de vos estos días.

Celestina se inmutó.

—¿Puedo saber la causa?

—Os la diré por el camino, sino teneis á mal que os acompañe.

—Mal está que un galán acompañe á una mujer.

—Sois viuda y libre, y además teneis curiosidad por saber lo que tengo que revelaros.

—Pues prosigamos, y hablad.

—Ved que si decís algo de lo que voy á referiros, puede hacerme mucho daño.

—¡Cuánto misterio!

—Mi calidad de escudero me ha permitido oír una conversacion en la que se pronunció muchas veces vuestro nombre. Si llega á saberse que os ía he comunicado, y os librais de las persecuciones de que sois objeto, sospecharán en seguida que he sido yo quien os ha informado, y perderé mi empleo si es que no me mandan á remar por dos años á las galeras reales.

—Hablad, hablad, por Dios. ¿Habeis despertado en mí una curiosidad tan grande! ..

—No es para ménos el caso.

—¿Qué es lo que yo he hecho para que el Santo Oficio se ocupe de mí?

—Inspirar una pasión amorosa.

—¿Yo?

—Vos, sí; no podeis ocultarlo.

—Pero aunque así fuera, ¿no soy yo libre, como habeis dicho, para amar ó dejar de amar?

—Libre sois, ¿quien lo duda? Pero no le pasa lo mismo al objeto de vuestro amor.

—¿Qué decís?

—Digo que la Inquisición sabe que amais á Alonso Velez de Guzman, y que lo teneis oculto en vuestra casa para que la justicia no se apodere de él y le lleve, mal de su grado, á cumplir la condena que le ha sido impuesta por calumniador.

Celestina no pudo ocultar la dolorosa impresion que aquellas palabras habian producido en su alma.

Isabel la miraba fijamente, y leyó en sus ojos lo que pasaba en ella.

—Eso no es verdad,—dijo.

—No os pongais encarnada para decirlo, yo no soy vuestro juez.

—Repito que esa es una falsedad.

—Lo será sin duda alguna, tanto mejor para vos; con eso cuando los familiares del Santo Oficio se presenten esta tarde, como piensan hacerlo, en vuestro molino á registrarle para ver si tropiezan con el prófugo, se convencerán de que sois inocente, y yo tendré una satisfaccion.

—¿Decís que esta tarde piensa el Santo Oficio ir á mi casa?

—Si no os dais mucha prisa en volver á la ciudad, es muy posible que halleis á la Inquisición en vuestro molino al volver á él.

—¡Oh! Eso es horrible,—exclamó Celestina.

Involuntariamente se dispuso á retroceder.

—Qué, ¿no seguis adelante?

—No por cierto; ¿cómo quereis que deje entrega da mi casa á la rapacidad de los inquisidores?

—¿Qué más os dá, si no ocultais á nadie?

—Tengo algun dinero, y ya se sabe que donde ellos entran... Voy, voy á volverme á casa para estar prevenida.

—¿Qué mal haceis en no confiar en mí!

—Yo no os conozco.

—Me parece que las noticias que os he dado son suficientes para confiar. Sino me interesara por vos, en vez de exponerme, como me expongo, haciéndos esta revelacion, no habria acechado este momento para hablaros; los familiares habrian ido á vuestra casa esta tarde, y habrian hallado en ella á Alonso Velez, porque sé que allí está.

—Os juro que no está.

—Entonces, ¿por qué quereis volver?

—Para inspirar garantía á la justicia.

—Bien está; volved en hora buena, pero pensad que yo podria salvaros.

—¿Vos?

—Yo, sí.

—¿Cómo?

—Os hablaré con franqueza. Hace tiempo que os amo; dadme una esperanza, y yo os indicaré un paraje seguro para que podais librar á Alonso Velez de sus perseguidores.

Celestina, que se veía en un grave apuro, creyó que nada aventuraba haciendo concebir esperanzas al jóven para tenerle propicio, y cambió un tono.

—Pues bien,—le dijo;—figuráos que no por amor, sino por gratitud, hubiera yo ocultado en mi

casa á ese hombre; ¿qué podríamos hacer para salvarle?

—Soy egoísta; voy á arriesgarme mucho, y necesito la seguridad del premio.

—Indicadme vuestras condiciones.

—Una sola: vuestro amor.

—¿Cómo queréis que yo os lo ofrezca si esta es la primera vez que os veo, si no me habeis dejado tiempo para reflexionar?

—Oid el medio que hay para salvar á Alonso Velez. Volved á vuestra casa: yo iré sólo á la ciudad, y como me han encargado que observe vuestro molino, diré que Alonso Velez ha salido esta tarde, y que hasta mañana no volverá. Mientras tanto haceis que lo prepare todo para su marcha, y yo os ofrezco esta noche, á las ánimas, hacer que una persona de toda mi confianza lleve un caballo á la puerta de vuestro molino, para que pueda escaparse en él vuestro protegido por senderos y atajos que el guia que irá á buscarle conoce perfectamente.

Una vez libre vendrán los familiares á buscarle, no le hallarán, y cuando ellos se marchen yo iré á verle.

Celestina aceptó el plan de Isabel, creyendo que la esperanza de su amor le haria cumplir al pié de la letra lo pactado.

Volvió inmediatamente al molino, refirió á Alonso Velez lo que pasaba, y consiguió de él que se dispusiera á partir.

## Capítulo XXXIV.

### Al maestro cuchillada.

Isabel, dispuesta á jugar el todo por el todo, compró un caballo, cambió su traje por el del mozo de mulas, y ocultó debajo de su capotillo una acerada daga.

Como el lector comprende, resolvió desempeñar las funciones de guia y de palafrenero de Alonso Velez.

Este hombre perverso estaba resuelto á partir de todos modos; pero temeroso de la pobreza que le aguardaba en su fuga, pensó, antes de abandonar la casa en donde habia hallado un asilo, cometer un crimen.

Celestina tenia guardados en un arca todos sus ahorros, que representaban una cantidad respetable.